

15
cénts.

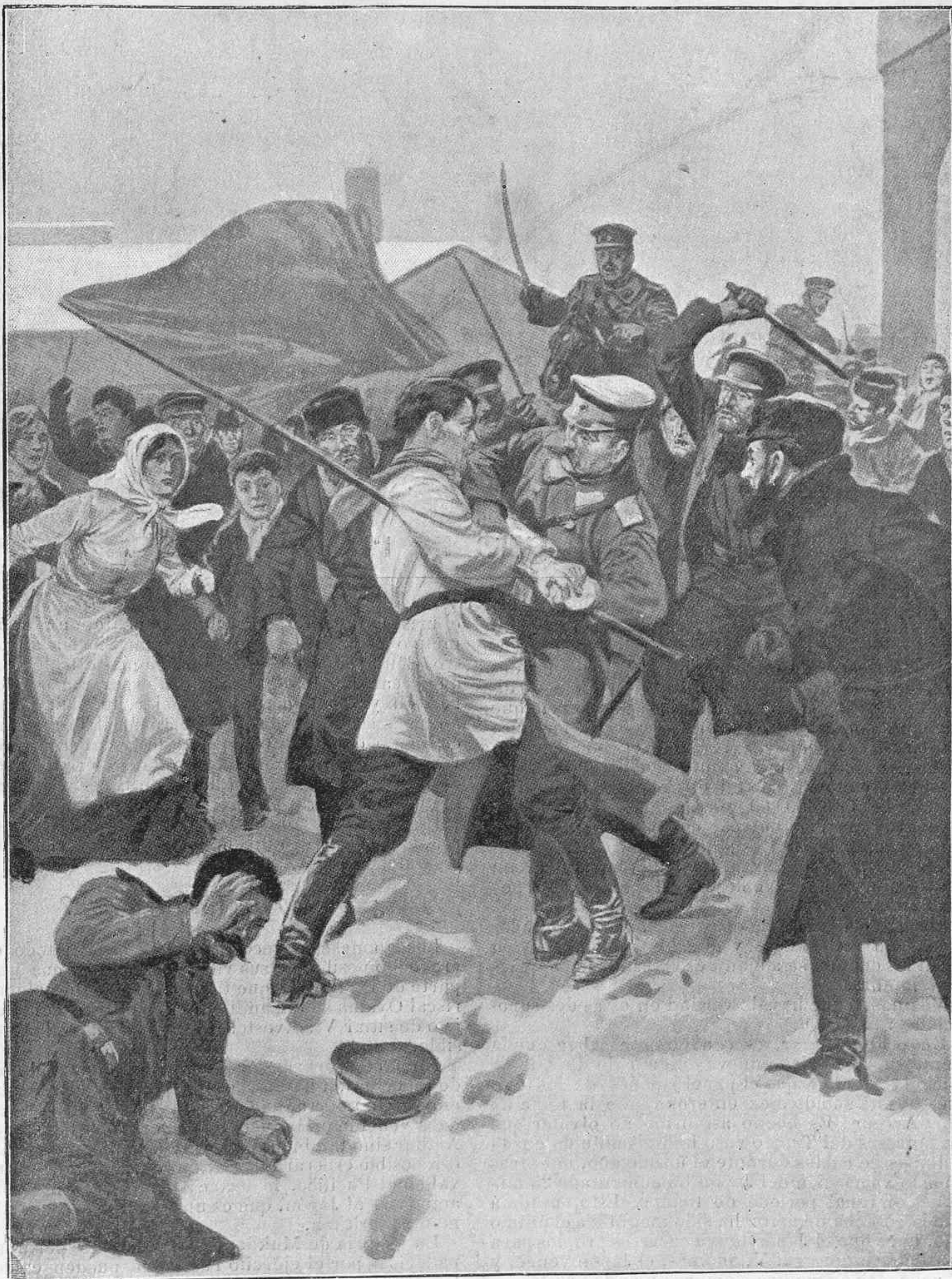
PLUMA Y LÁPIZ

15
cénts.

Año VI.—N.º 231

Barcelona 1.º Abril de 1905

Dirección, redacción, administración é imprenta, Casa Editorial Maucci, Mallorca 166



LOS SUCESOS DE RUSIA.—LA GUARDIA MOSCOVITA LUCHANDO A BRAZO
PARTIDO CON LOS MANIFESTANTES



DESPUÉS DE LA CAPITULACIÓN DE PORT-ARTHUR.
STOESSEL Y NOGI CHOCANDO SUS VASOS

Crónica de la guerra ruso-japonesa

Cómo continuará la guerra

Los rusos, es decir, los ministros, los grandes duques, todos los que influyen de un modo directo y efectivo en el ánimo del Czar, quieren que la guerra continúe, sin parar mientes en los nuevos desastres que puede acarrear. Creen que aun es posible alcanzar una victoria decisiva sobre los japoneses y movidos de tal esperanza disponen la movilización de 400.000 hombres más.

La gran mayoría del público se pregunta cómo van á componérselas los japoneses para hacer frente á una guerra tan larga, y muchos hay que creen que la falta de dinero obligará á los nippones á pedir la paz.

Los que presumen de estrategas, afirman que los rusos irán retirándose y que los japoneses están perdidos cuando se alejen de sus bases de aprovisionamiento.

Veamos lo que hay de verdad en estas dos suposiciones.

En primer lugar, es conveniente saber que la Renta rusa ha bajado nueve enteros desde que se inició la guerra y que el papel japonés de los empréstitos ha subido diez enteros desde la toma de Port-Arthur. Es bueno asimismo no olvidar que los ingresos del Tesoro ruso han disminuído en 43 millones de rublos durante el último año, mientras que la exportación del Japón ha aumentado 25 millones en igual período de tiempo. Esto, unido á que la cosecha de arroz ha sido magnífica el último año, hace que el Japón tenga recursos propios para continuar la guerra. Y, además, el Japón vence, y el vencedor encuentra siempre quien le preste.

En segundo lugar, es probable que los japoneses no pasen de Kharbin. Expulsados los rusos de Man-

churia, cortado el Transiberiano, no tienen ningún motivo los japoneses para adelantar Siberia adentro. Con apoderarse de las posiciones estratégicas que crean convenientes, pueden esperar á que los rusos hayan juntado un nuevo ejército y limitarse á una estricta defensiva. El ferrocarril Transmanchuriano, que está en su poder, les asegura el aprovisionamiento, y la manutención del ejército no les costará mucho más en el límite de Siberia que en el mismo Japón.

He aquí cómo continuará, probablemente, la guerra, si los rusos se empeñan en no querer firmar un tratado de paz.

¿El sitio de Vladivostok?

Los japoneses parecen decididos á sacar todo el provecho posible de sus victorias. Se dice que una parte de las fuerzas que tiene á sus órdenes el mariscal Oyama se encaminan hacia el Este con objeto de sitiar Vladivostok y tomar la plaza si es posible.

No puede sorprender á nadie la noticia. En más de una ocasión han dicho los japoneses, desde que empezó la guerra, que querían que Rusia, si quedaba vencida en la lucha, perdiera no sólo Port-Arthur sino también Vladivostok. Únicamente así era posible esperar una paz duradera. Sin base naval en el Pacífico, le era casi imposible á Rusia amenazar al Japón, que es una potencia esencialmente marítima.

La victoria de Mukden y las enormes pérdidas padecidas por el ejército ruso, que pueden calcularse en un tercio cuando menos de sus efectivos, han hecho posible el sitio de la gran plaza de guerra del Pacífico. Una vez hayan cortado los japo-

neses el ferrocarril Transiberiano, saltando los dos puentes del Sungari, Vladivostok queda tan aislada como lo estuvo Port-Arthur desde que el general Oku tomó el istmo de Kin-cheu.

Hasta ahora se había dicho que Vladivostok tenía fortificaciones mucho más poderosas que las de Port-Arthur. Ahora se cambia de bisesto y se dice que tan sólo son buenas las fortificaciones que defienden la ciudad por el lado del mar; pero que las de tierra pueden ofrecer escasa resistencia. No tardaremos, probablemente, mucho en saber la verdad, si los japoneses ponen sitio á la plaza.

Lo que desde ahora puede predecirse es que si las tropas del Mikado logran apoderarse de Vladivostok, Rusia padecerá una pérdida mucho más sensible que la de Port-Arthur. La toma de Vladivostok priva á los rusos de un puerto excelente, de un arsenal militar de primer orden, y entraña al

general porque había vencido á unos desdichados salvajes del Turkestán; no supieron ver que su obra nefasta como ministro de la Guerra no prometía mejores resultados para su jefatura activa del ejército, y ahora pagan bien caros su confianza y su error.

La historia de su relevo por el general Linievitch es tan triste como cómica. El Czar y sus consejeros advirtieron que era imposible que un hombre como Kuropatkin continuara al frente de las tropas rusas. Entonces el Czar preguntó al gran duque Nicolás Nicolaievitch si quería encargarse del mando del ejército. El gran duque pidió un plazo de veinticuatro horas para reflexionar, y al cabo de ellas dijo que no se atrevía á desempeñar, solo, tan pesada carga y que únicamente aceptaría si se le daba dos generales aptos para aconsejarle. Se envió á llamar á los generales Sukolminov y



PRISIONEROS RUSOS OBSEQUIADOS POR LOS SOLDADOS JAPONESES EN UN CAMPAMENTO PRÓXIMO Á PORT ARTHUR

mismo tiempo la pérdida de la isla Sakhalin, riquísima en pesquerías.

Se ve, sin embargo, por lo que dicen los periódicos de San Petersburgo, que los rusos están ya resignados á ese nuevo desastre que les amenaza.

El relevo de Kuropatkin

El general contemporizador que no ha sabido igualar las glorias de Fabio; el vencido de Kaiping, Hai-cheng, Tachikiao, Liao-Yang, Sha-ho y Mukden; el general de las retiradas victoriosas, ha sido relevado del mando en jefe. Ya es hora, ó, por mejor decir, ya no es hora, ni hay tiempo ni medios para reparar los desastres que ha producido la ineptitud de Kuropatkin.

El Czar y sus consejeros deben deplorar ahora su ceguera. Creyeron que Kuropatkin era un gran

Grodekov y el Czar les indicó la situación creada por el relevo necesario del general Kuropatkin. Ambos jefes contestaron que no querían mandar bajo las órdenes de un gran duque. Llamado de nuevo Nicolás Nicolaievitch, dijo que no se sentía capaz de mandar en jefe dada la situación del ejército, é indicó como al más digno de substituir á Kuropatkin al general Linievitch. Entonces se confirió el mando supremo á éste y el cargo de jefe de E. M. al general Sukolminov. En cuanto á Grodekov contestó que estaba dispuesto á cumplir todas las órdenes de su soberano; pero que no podía aceptar la tremenda responsabilidad de substituir á Kuropatkin.

Tal es la historia del nombramiento de Linievitch para generalísimo de las fuerzas en el Extremo Oriente.



LOS SUCESOS DE RUSIA.— POLICÍA DE SAN PETERSBURGO RECORRIENDO
LOS DISTRITOS DE LA CAPITAL

El general Linievitch

El nuevo jefe supremo del ejército ruso nació en diciembre de 1838; empezó su carrera en el Cáucaso, como simple soldado; en 1885 mandó la brigada transcaspiana; en 1891 la división del Ussuri y el primer cuerpo siberiano en 1900. Por último, fué jefe de las tropas del Amur desde 1903 hasta la llegada de Kuropatkin. Poco después de la batalla de Liao-Yang fué nombrado jefe del primer ejército.

Herido en la guerra de Turquía, caballero de San Jorge, recibió la cruz de comendador de San Jorge y Santa Ana con espadas en 1900, después de la campaña de los boxers.

Conoce perfectamente el terreno en que ha de operar. Como ha subido de simple soldado, cuida mucho de sus subordinados en tiempo de guerra, pues sabe que sólo se batien bien los hombres que están contentos de sus jefes y que no pasan ham-

¿Cómo ha obtenido sus grados y condecoraciones? ¿Cómo se las compuso para llegar á vice-emperador del Extremo Oriente? Dicen los maldicientes que ese corpachón pesado y de torpes movimientos fué esbelto y airoso en otro tiempo, y que sus facciones, deformadas por los años, agradaron á muchas altas damas de la corte de Alejandro III.

El hombre que fué nombrado en junio de 1903 generalísimo de todas las fuerzas de mar y tierra que Rusia tenía en el Extremo Oriente; investido de facultades dictatoriales sobre toda clase de administraciones, sin excluir la de justicia, no ha ganado jamás una batalla, no se ha distinguido en un combate naval, no administró jamás hacienda como no fuera la propia. Su nombre no ha ido nunca unido al de una reforma útil, al de una iniciativa afortunada.

Pero si era mal general y almirante deplorable, parece que gozaba fama de cortesano excelente, no ya del soberano, sino de los favoritos del soberano.



LA ESPOSA DEL GENERAL STOESSEL RODEADA DE HUÉRFANOS DE LA GUERRA

bre. Dicese que los soldados le quieren mucho y tienen confianza en él.

Alexeieff

Alto y memorudo, casi obeso, Alexeieff no es nada simpático ni para sus iguales ni para sus inferiores. La edad, marcando con fuerza sus facciones y rellenándolas de grasa, ha dado á su cara una expresión de dureza que repele y de tontería brutal. La mandíbula inferior, prominente, acentúa esa expresión.

Visto de lejos, luciendo el uniforme cuajado de galones y estrellas, cubierto el pecho por todo un escaparate de condecoraciones, produce todavía el efecto de un buen mozo. En traje de casa, sentado en un sillón, aparece como un gastrónomo viejo, embrutecido por una digestión laboriosa que requiere todo el esfuerzo de las escasas energías que quedan en aquel corpachón.

no, lo cual es el colmo de la habilidad. Estrechamente unido á Bessobrazoff y al gran duque Alejandro, tomó parte en todas las especulaciones que llenaban los bolsillos de los grandes duques—y vaciaban los del pueblo. Cuando se trató de la explotación de las minas y bosques de Corea, se lanzó en cuerpo y alma, y su fidelidad y su mismo afán de ganar sumas inmensas, hizo que su protector Bessobrazoff le designara para el virreinato de la región del Amur y de la Manchuria.

Después de cinco meses de ejercer el mando supremo en el país que es hoy teatro de la guerra, debía conocer el estado de las fuerzas rusas que había en su demarcación. Cuando le consultó el Czar en diciembre de 1903 acerca de las probabilidades de buen éxito de una campaña contra el Japón, aconsejó la guerra.

O fué tonto ó fué traidor.

Suya es la culpa de la lucha que ha costado á Rusia la pérdida de sus ejércitos y de su marina;



PERSONAJES RUSOS VISITANDO LA TUMBA DEL GRAN DUQUE SERGIO

que le ha arrebatado el prestigio exterior; que ha hecho que estallara la revolución en el seno del país.

Y cuando llegó la hora del combate huyó del puente de los navíos y huyó de los campos de batalla, y huyó de Port-Arthur en cuyas condiciones de resistencia no debía tener más que una confianza muy mediana.

Encerrado en sus vagones, que tenían hasta un jardín para el recreo de S. A., paseaba de Mukden á Kharbín; disponía planes descabellados; enviaba á Stackelberg á hacerse derrotar en Vufangkú y en Kai-ping; desorganizaba todos los servicios y enviaba á su Emperador unos partes que sólo un hombre sin seso era capaz de redactar y hablaba de futuras victorias que sólo en su menguada molera se realizaron en sueños.

A fuerza de payasadas y desvarios reveló su ineptitud mejor probada que su valor y se le exoneró del mando supremo que se le confirió en malhora.

Es una de las figuras más ridículas, grotescas y despreciables que han aparecido en la escena del mundo durante los últimos años. Si bajo las condecoraciones que brillan en su pecho latiera un corazón de hombre, hubiese buscado la muerte en las trincheras de Liao-Yang ó en el puente de un acorazado, afrontando las balas de Oku ó las granadas de Togo. Ha preferido buscar una poltrona de consejero del Imperio para digerir en paz sus copiosas comidas y esperar que alguna cándida *donichia* se enamore de su manida persona, que ya no inspira deseos á las grandes damas.

En el campo japonés

Traducimos de una correspondencia de Luis Barzini los siguientes párrafos que dan una idea de las fiestas que se celebraron en el campo japonés en honor de los corresponsales europeos:

Ejército de Oku, 3 enero.

En una remota aldea china donde, probablemen-

te, ningún europeo había estado jamás, hemos celebrado la fiesta de Navidad en una vetusta sala del Yamen.

En el patio, adornado con banderas y faroles, están dos músicas militares, y la sala aparece adornada con gran gusto. En un rincón hay el árbol simbólico de Navidad que es un pino joven, y en la mesa, cubierta de blancos manteles y de reluciente vajilla hay preciosas matas de musgo acabado de arrancar de algún bosque cercano. En las paredes, como queriendo recordarnos que vivíamos en una región bien distinta de las regiones del Occidente, campeaban grandes letreros en caracteres japoneses, que expresaban los buenos deseos de los orientales para los huéspedes extranjeros.

Estábamos en la sala cinco corresponsales y doce agregados militares europeos y americanos. Poco antes de principiar el banquete aparecieron el general Oku y el príncipe Nascimoto, los cuales nos felicitaron ceremoniosamente y dejaron á los jefes y oficiales de Estado Mayor el encargo de obsequiarnos. La presencia de aquellos dos altos jefes dejó como una frialdad. Empezó la comida y todos hablábamos en voz baja de cosas tan interesantes como el buen tiempo y la lluvia, acerca de si ayer hizo más frío que hoy ó de si mañana haría aun más.

Pero detrás de nosotros había unos soldados que tenían la consigna de no dejar que estuviese nunca vacía nuestra copa, y hay que confesar que observaban su consigna de un modo honroso, con sacrosanta disciplina.

No sé quien fué que, después de comer un par de platos de arroz y de zamparse unas copas, bautizó á las botellas que sostenían los soldados con el nombre de «granadas de mano.» La frase fué muy aplaudida y reída.

Las «granadas» no tardaron en producir su acostumbrado efecto. Se animaron las conversaciones y entonces fué cuando se llegó al período delicioso del banquete. Recuerdo que mis vecinos em-

pezaron á serme simpáticos y que experimenté la necesidad imperiosa de contar al de mi derecha, que era un comandante de Estado Mayor, una porción de cosas; no sé precisamente qué, pero no hay conversación más agradable que aquella en que no se sabe á punto fijo lo que se dice ni lo que se escucha.

Llegó la hora del *champagne*, de los brindis. El jefe de Estado Mayor se levantó, copa en mano, y apenas había empezado á hablar en fácil y elegante francés, cuando un ruido formidable hizo estremecer la sala, tintinear copas y botellas y entrecascar los vasos. Era el cañón que, sin ser invitado á ello, tomaba la palabra. Su voz debía ser muy elocuente, puesto que todos los comensales se pusieron en pie, lanzando un formidable ¡*banzai!* El cañoneo continúa y se oye también el crepitar de la fusilería. En algún punto se baten.

Los estragos de las «granadas de mano» son ya tremendos. El alboroto llega á su colmo. Todos hablan en voz alta. En el fondo de la sala ha surgido un soldado prestidigitador, que hace verdaderas maravillas; saca un pollo del fepis del agregado español, convierte la bandera rusa en bandera japonesa y hace aparecer unas monedas de plata en la calva majestuosa de un coronel inglés.

En esto aparecen unas bailarinas, jóvenes y bonitas, que saludan con gracia á la asamblea. Inútil es decir que las bailarinas son soldados perfectamente disfrazados. Algunos de ellos bailan una danza lenta y como ya las cabezas de los comensales no están muy firmes, á varios agregados, á los más jóvenes, se les ocurre enseñar el vals á las bailarinas; pero algunas, que llevan todavía las botas de montar bajo el *kimono*, tropiezan en las sillas derribadas y una pareja rueda por el suelo y otra pareja le cae encima.

La puerta se abre de par en par y por ella penetra la música militar japonesa, dirigida por nuestro colega de la Reuter, que se ha calado la gorra del músico mayor. Es su especialidad cuando ha bebi-

do unas copas. En Hai-cheng dirigía con gran éxito una banda que tocaba preciosos pasos dobles, sirviéndose, á guisa de batuta, de una bayoneta moscovita.

Pero las velas se acaban y las fiestas también. Salimos á la calle cantando y alborotando. Hace un frío atroz; no lo sentimos. Los centinelas, asombrados, presentan las armas á una ronda de jefes y oficiales que, cogidos de la mano, bailan en cadena, cantando las antiguas canciones de la *Merry England*—Alegre Inglaterra.

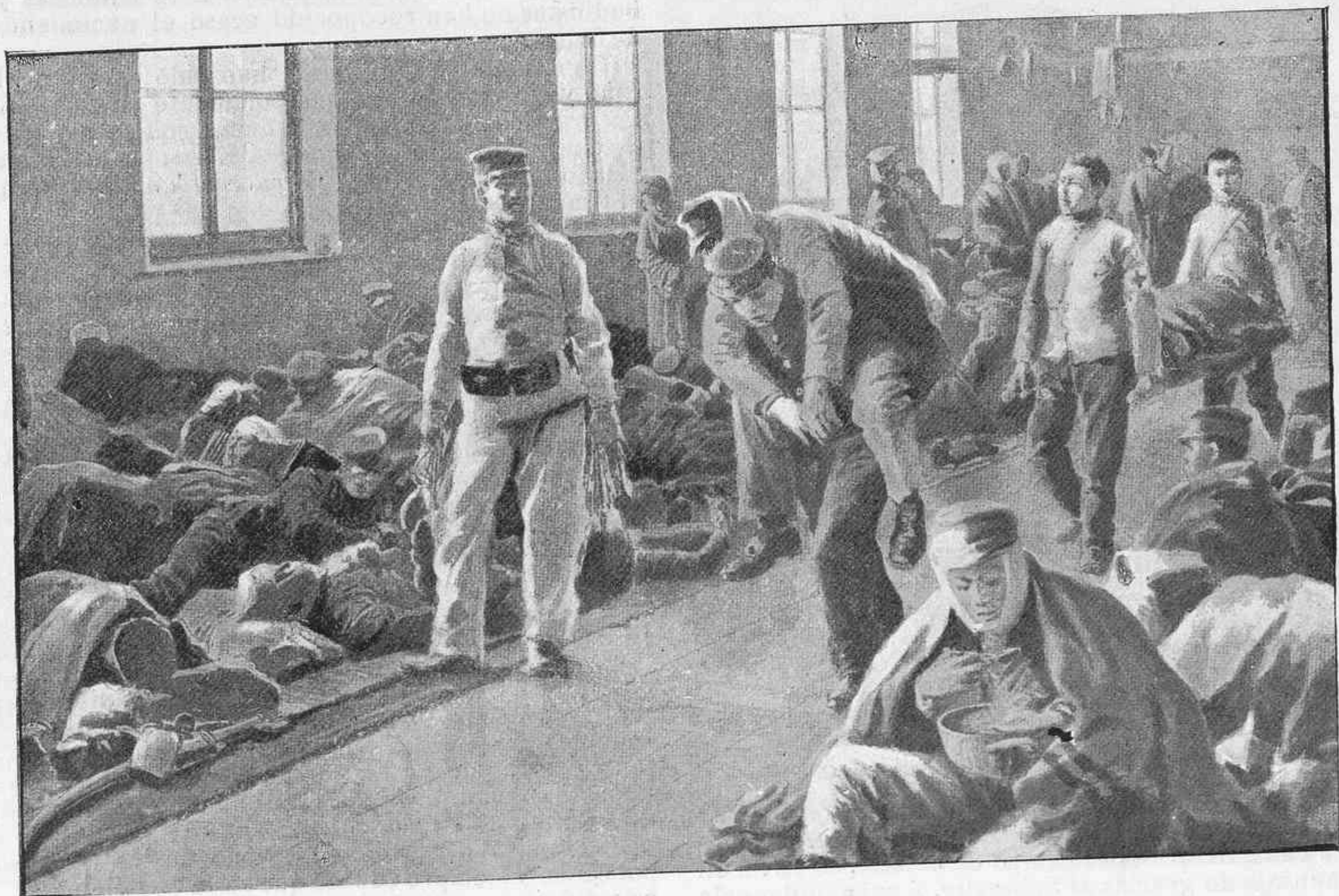
A lo lejos retumba el estallido del cañón y se oye la fusilería.

Y pensar que El vino al mundo para decir á los hombres: «Amaos los unos á los otros.»

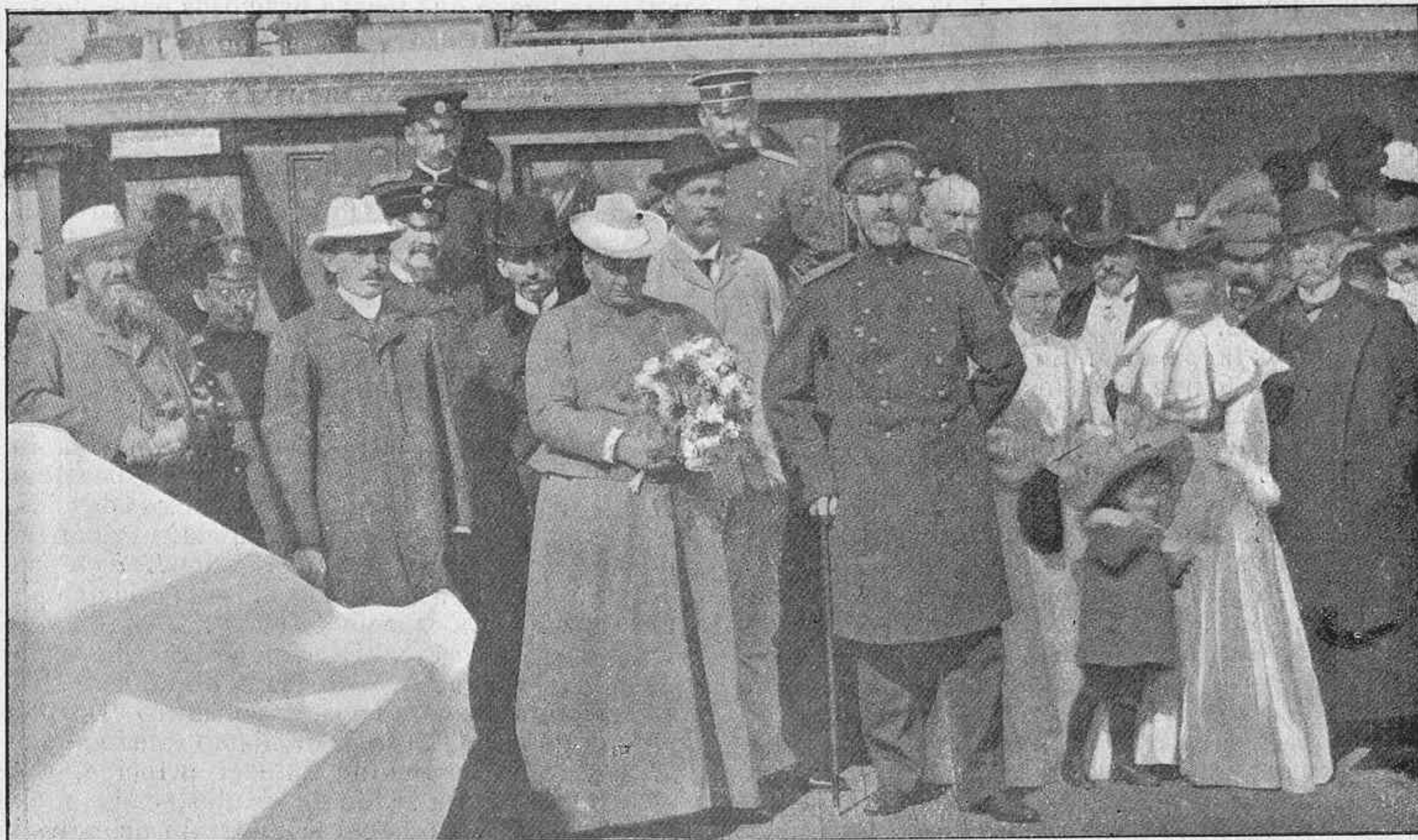
El mismo salón ha visto desarrollarse en su interior durante el día 1.º de año, un espectáculo bastante distinto. Una multitud silenciosa de oficiales, llenando por completo la estancia, estaban reunidos para asistir á la ceremonia del *Hai-ga*.

En el fondo de la sala habia sido erigida una plataforma, y en una especie de trono, se hallaba el retrato del Emperador. El príncipe Hascimoto ha sido el primero que ha ocupado la plataforma, hizo tres profundas reverencias, y se retiró. Después de él, el general Oku hace el mismo saludo al Emperador, luego se inclina ante el príncipe, y se pone á su lado. Por orden de grados, cada oficial ha desfilado de esta manera saludando primero la imagen, después de ésta al príncipe, y luego al general Oku, y descendiendo por rangos á todos los superiores colocados al lado del comandante, hasta que llegado á su sitio ha recibido á su vez los homenajes de los inferiores. Esto es lo que llaman los japoneses el *Hai ga*.

He observado que á la imagen se acercaban con una reverencia casi religiosa, como si ésta fuera no un retrato, sino la misma persona del Emperador, que sentado en su trono, asistiese á la ceremonia. No era una formalidad de etiqueta, sino



UN HOSPITAL JAPONÉS IMPROVISADO



EL GENERAL STOESEL Y SU FAMILIA Á BORDO DEL «SAN NICOLÁS» EN PORT-SAID

más bien un acto en el cual cada uno ponía la convicción del creyente que se arrodilla ante su Dios. Para todas las conciencias allí estaba el espíritu del Emperador. El Mikado no es un hombre, es un alma eterna que se encarna á través de una descendencia sin fin. Esto se ha imbuído al pueblo. Su espíritu es el espíritu del Japón. Donde el pueblo va, éste se halla. Cuando llega el momento de com-

Nosotros, extranjeros, hemos desfilado los últimos, pero no tenemos ninguna obligación de inclinarnos ante el retrato imperial antes de dar y recibir los augurios tradicionales, á los príncipes y á los generales. Yo me he arrodillado; y me parece que mi dignidad no ha disminuído al hacer un acto de agradecimiento y de respeto á las convicciones más sagradas de un gran pueblo. Esos sintoístas y budhistas no han reconocido acaso el nacimiento de Cristo.

Terminada la ceremonia han sido servidos el saké y el sorumé—pez que solamente se come en las grandes solemnidades y que significa augurio de una feliz y larga existencia. El general Oku ha alzado la copa gritando: ¡*Teukoven banzai!*—¡Viva el Emperador!

La asamblea ha respondido con un poderoso *banzai*. Tres veces ha sido repetido el augurio, y tres veces ha sido éste contestado. En tal momento han entregado al general un telegrama. Después de haberlo leído lo ha pasado á un coronel ordenándole leerlo en alta voz.

Durante el improvisado silencio el oficial ha leído:

«Del cuartel general del tercer ejército, á las 8 de la mañana. Ayer noche ha sido ocupado por nuestras tropas otro fuerte de la línea Este de Port-Arthur.»

La noticia es acogida con grandes aclamaciones. Pero ninguno en aquel momento se imaginaba que la resistencia de la heroica fortaleza estuviese tan próxima á su fin.

Se acercaba la media noche y me disponía á acostarme, cuando oí gritos lejanos. Poco después pasos rápidos han resonado sobre el terreno endurcido de la plaza; la puerta de mi cuarto es abierta de par en par y el alférez Sahoké ha entrado adentro como una bomba gesticulando y exclamando á voz en grito: ¡*banzai!*

Es el oficial dedicado al servicio de los corresponsales, y siempre supuse que sería escogido para este difícil cargo por sus condiciones de carácter apacible.

En aquel momento parecía loco:



GENERAL LINIEVICH

batir este espíritu es el que ilumina la mente de los jefes y anima á las tropas; y en efecto, después de cada victoria, del campo de batalla, se envía un mensaje de gracias al Soberano, á cuya influencia es atribuído el triunfo. He aquí el concepto que estos héroes tienen formado de su Emperador.

—¿Qué pasa?—pregunto.
 —¡Banzaiiii!
 —¿Qué ha sucedido?
 —¡Banzaiiiii!
 —¿Kuropatkin prisionero?
 —No... no... Port... Arthur...
 —¿Rendida?

Ha dicho *sí* con furibundos ademanes y terribles gestos, pero no con la boca, llena completamente de un *banzai* más grande que los demás. Yo me he puesto en pie de un salto, é instintivamente me cale el sombrero como si hubiese sido posible llegar hasta donde me persuadiese de si era verdad.

Entre tanto llegaba un capitán de Estado Mayor que me traía la noticia oficial. Su rostro irradia de alegría pero se contiene; y se queda clavado en pie cerca de la puerta leyéndome lentamente el telegrama:

«A las 9, ha recibido el general Nogi, jefe del tercer ejército, una carta del general Stoessel pidiéndole las condiciones de la rendición.»

¡Era, pues, verdad! La tremenda lucha, lucha feroz y desesperada durante seis meses proseguida día y noche, había acabado. Comprendo el ímpetu de gozo que se ha apoderado de toda esta gente.

Cuando salgo de mi tienda de campaña la noticia se ha esparcido ya por todo el campo. De todos partes, en la obscuridad, se alzan frenéticos gritos. Encuentro soldados que corren por los senderos, fuera de sí, como para calmar la fiebre de su locura. Entre las casitas se nota un movimiento incesante de linternas; grupos de gente van gritando: ¡Liojunkó!—¡Port-Arthur ha caído!

En una callejuela soy empujado por una gran multitud de soldados que anda y entona un canto que jamás había oído, un verdadero canto de guerra:

¡Susumea, susumé, mosotomon!
 Tekino horoburu sosensadevá!

«¡Adelante, adelante, todos unidos,
 hasta derrotar al enemigo!»

Por uno y otro lado, en las antiguas eras, co-

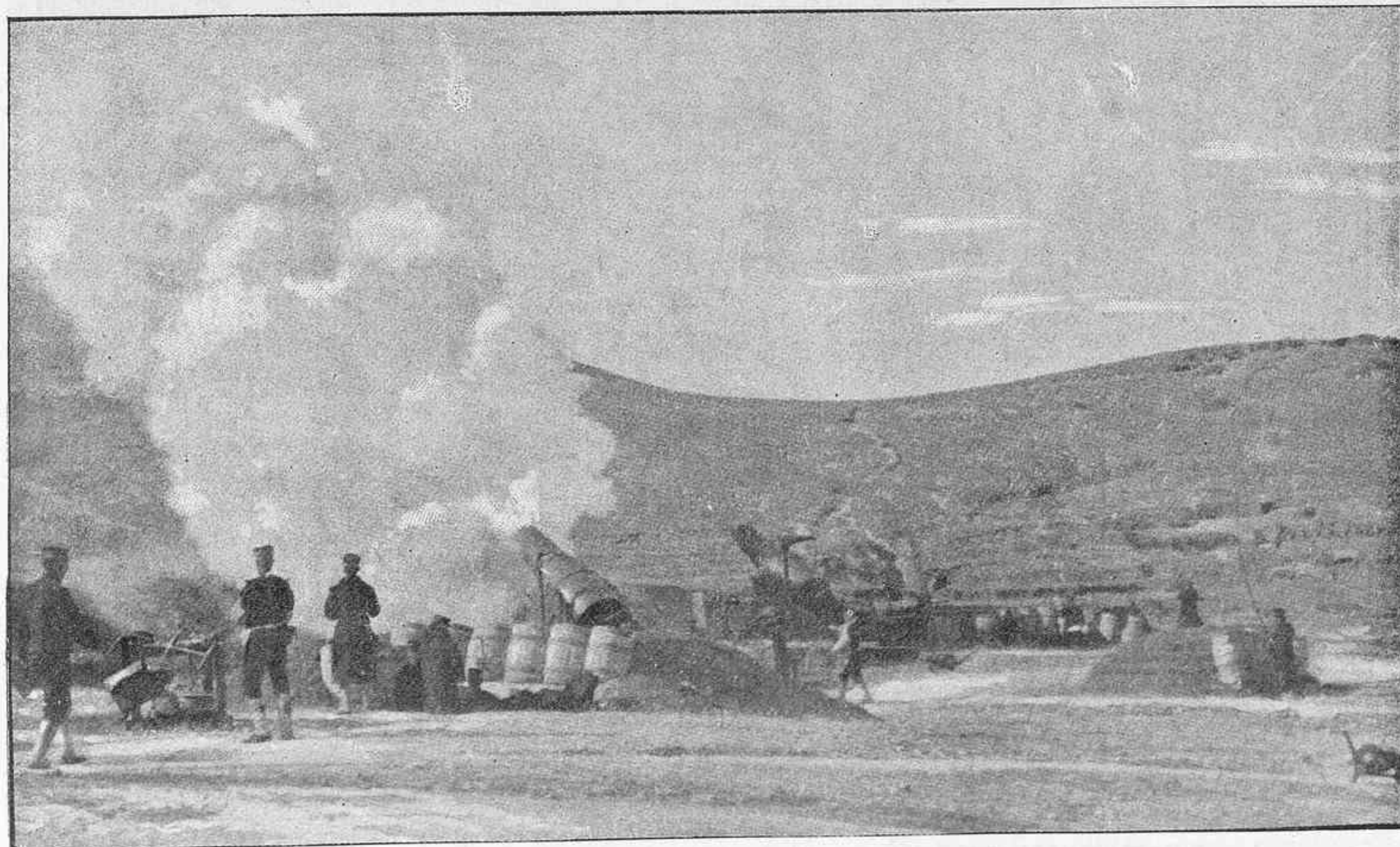
mienzan á brillar fuegos. En breve las llamas del kaoliang seco despuntan más altas que los tejados y sobre la columna de humo, iluminados por sus reflejos, los perfiles de las casas se destacan en negro, de un modo extraño. Junto á los fuegos se baila y se canta. Los soldados ruedan y ruedan á su



EL GENERAL KAWAMURA

alrededor, golpeando cadenciosamente las dagas sobre las marmitas y teteras.

Llego á la residencia de los agregados. En el patio arde un gran fuego que lame las ramas de los árboles—los únicos que quedan en el país. Al-



EFFECTO DE UN DISPARO EN PORT-ARTHUR



DESTACAMENTO DE SOLDADOS CUSTODIANDO UNA FACTORÍA

rededor de las llamas reina un alborozo indescrip-
tible. Me siento sobre un carro chino retirado entre
haces de kaoliang destinadas al sacrificio y ob-
servo.

Los oficiales japoneses que acompañaban á los
agregados, los soldados acuartelados en las proxi-
midades, los intérpretes militares, los ayudantes,
los *boys*, mezclados, unidos por el entusiasmo, bai-
lan una furibunda farándula. Oficiales ingleses sal-
tan á través de las llamas como chicos gritando
¡banzai!...

Yo pienso, en lo que debe pasar en este mismo
momento en otra parte: en Port-Arthur. ¡Qué
trágica noche! Más terribles aun que las noches de
batalla, noches de sangre. ¡Entonces había es-
peranza! Se combatía, se moría, pero se tenía la
visión de un posible triunfo. Tronaban los caño-
nes alrededor, la lucha se encarnizaba sobre

enemigo entrará en los fuertes. Tomará posesión
de la plaza, esto es, sucederá lo que hubiera ocu-
rrido si nadie la defendiera, si ninguno hubiese
muerto. Tal pensamiento debe abrir abismos de
dolor. Esta noche en Port-Arthur se llora.

No soy yo solo, aquí, el que dedica un recuerdo
á los vencidos. Un colosal coronel del ejército de
las Indias—que aparece á caballo en medio de los
pequeños japoneses—después de haber saltado va-
rias veces las llamas exclamando *¡banzai!*, grita
con voz tonante:

—¡Hurra por la heroica guarnición de Port-
Arthur!

Todos aplauden, y yo, desde el carro, uno de co-
razón mi grito al de todos.

A lo lejos el coro de soldados canta siempre:
¡Susumea, Susumé!

LUIS BARZINI.



JAPONESES ARRASTRANDO UNA PIEZA DE ARTILLERÍA, SORPRENDIDOS POR UNA GRANADA DE LOS ENEMIGOS

los parapetos de los fuertes, pero se resistía. En
el insólito y absoluto silencio, silencio de muerte
que desde hace algunas horas pesa sobre la des-
venturada fortaleza, el recuerdo de aquellas ve-
ladas de tumulto debe aparecer casi hermoso á
los supersticiosos, como un recuerdo de los instan-
tes más felices. ¡Ahora ha acabado! Los fuertes es-
tán desmantelados, la flota está destruída, veinte
mil hombres han sido muertos inútilmente. ¡Inútil-
mente! Todo el dolor de los vencidos puede ser
exprimido en estas palabras. Poco á poco han visto
acercarse el momento fatal; y ¡se batían siempre,
hacían granadas con latas de conserva, tiraban
piedras al enemigo, luchaban cuerpo á cuerpo, sin
reposo. ¡Magnífica agonía!

Ahora reposan. Pero esta noche allá ninguno
duerme. Es una velada fúnebre. Estas son las últi-
mas horas en que Port-Arthur es rusa. Mañana el

Opinión de un crítico

Después de Mukden, cayó Tieling en poder de
los japoneses. Es esto una nueva confirmación del
desastre ruso, puesto que de Mukden á Tieling hay
una distancia de unos setenta kilómetros, y en este
largo trayecto no han hallado medio los soldados
moscovitas de rehacerse y oponer una resistencia
seria al avance de sus enemigos. Esto demuestra,
por una parte, que el ejército ruso, al retirarse, lo
hizo con poco orden, y prueba además que los ja-
poneses consiguieron su gran victoria sin quedar
destrozados. Acontece con mucha frecuencia en la
guerra que el vencedor, por lo mismo que ha teni-
do que conquistar, á pecho descubierto, posiciones
por lo regular bien defendidas, quede casi tan des-
trozado como el vencido. De aquí nace la gran
dificultad con que un ejército puede emprender una

persecución activa después de la victoria; y por este mismo motivo es de admirar que, en el caso de que tratamos, los soldados de Oyama resultaran con cohesión y fuerzas suficientes para empujar tan decisivamente, hacia el Norte, á los restos del ejército de Kuropatkin.

La falta de aptitud maniobrera del ejército ruso se ha hecho sentir con la retirada, convertida en derrota; pero lo mismo se hubiera notado después de la victoria, si alguna vez hubiera logrado los favores de esta diosa. Ligado el ejército ruso á sus almacenes, tanta repugnancia sentía para el avance como para el retroceso. Ya estaba bien en donde estaba, y los heroicos y sufridos soldados se hubieran dejado matar en su sitio. Mal preparados para la guerra moderna, estaban dispuestos á pelear como hombres de los siglos XVII y XVIII; pero

trado general que tanto renombre ha alcanzado, ha sido el que ha defendido con más ahinco que, no los reservistas, no esas levas de hombres improvisados, deberían marchar á la guerra, sino los más excelentes regimientos de la guardia, mandados por jefes y oficiales de la aristocracia rusa.

Como se puede observar, en San Petersburgo no salen gran cosa del terreno de los propósitos. Siempre tienen en los labios los cuatrocientos mil hombres que van á enviar al teatro de operaciones, pero jamás hemos sabido á ciencia cierta cuántos combatientes han tenido enfrente de las líneas japonesas.

La persecución

La rapidez con que han llegado los rusos á mi-



AVANZADA JAPONESA CERCA DEL SHA-HO RESTAURANDO FUERZAS Y CURÁNDOSE HERIDAS

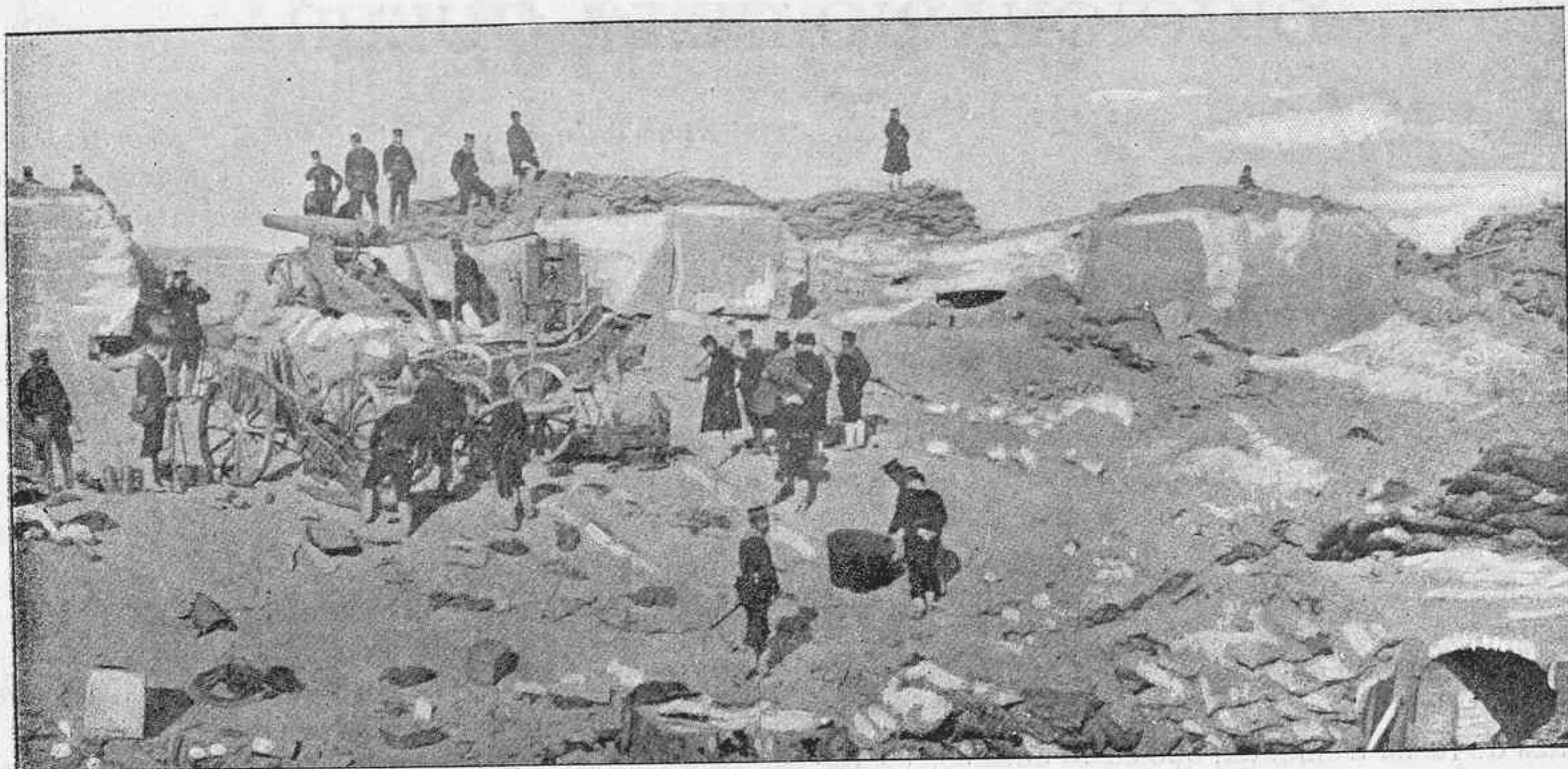
de ningún modo á desempeñar una tarea que no concebían siquiera, y que, aun concibiéndola, no disponían de los medios necesarios para llevarla á cabo.

Uno de los resultados de lo que ha venido llamándose batalla de Mukden, ha sido el relevo de Kuropatkin. Parece que momentáneamente le substituirá Linievitch, soldado valiente, salido de las filas, general adorado por sus subordinados, pero cuyas aptitudes no son quizá las más convenientes para la gobernación de un grande ejército. Le sucederá, pues, según todas las probabilidades, un nuevo generalísimo, un gran duque, y en San Petersburgo se constituirá un consejo permanente de varias lumbreras militares, y se hablará de nuevos envíos de tropas, y en efecto marcharán hombres y más hombres al Extremo Oriente. Pero falta saber si el Czar se dejará despojar del verdadero ejército ruso, del histórico, del que tiene el poder que dan la cohesión y el prestigio, para ir á combatir á los nippones. Dícese que Dragomiroff, el ilus-

tad del camino de Kharbín, demuestra que la ordenada retirada de que se nos hablaba fué una verdadera fuga.

Imagínese en qué estado se hallará el ejército ruso cuando llegue á Kharbín. Aun cuando los japoneses no consigan cortarles la retirada, cosa que cada vez parece más difícil, porque corre más el que huye que el que persigue y porque los nippones han de estar tan cansados como los rusos, basta la persecución continua de qué son objeto para acabar con la cohesión y la disciplina de un ejército.

En los telegramas que se publican se habla de continuo de que un destacamento japonés cañoneó una columna rusa; de que el ejército de Oku cogió nuevos prisioneros y unos cuantos cañones. Y la noticia no llama la atención á nadie; no parece cosa del otro jueves. Sin embargo, revela que la desorganización de los moscovitas ha llegado á su último extremo, y que el ejército que se decía tan poderoso está desbandado y desmoralizado, y que no hay quien se entienda en el campo ruso ni tenga idea



UN FUERTE DE PORT-ARTHUR, DESTROZADO

clara de lo que se ha de hacer para contener el avance de los japoneses.

Estos no dan noticia alguna de los prisioneros que hacen ni de los cañones que capturan ni de los progresos que hacen sus tropas; los rusos procuran, por su parte, atenuar el horror de su derrota y en despachos encaminados á conseguirlo, afirman que el ejército no tenía necesidad de retirarse de sus líneas del Sha-ho, ni de abandonar Mukden. Poco les falta para decir que los japoneses estaban á punto de ser copados.

Si en tan excelente posición estaban ¿cómo tuvieron más bajas que los japoneses? ¿Cómo se dejaron coger tantos prisioneros? Un ejército que está en situación de hacer frente al enemigo se retira con orden y nada indica que haya conseguido esto el ejército moscovita. Después de quince días de ser derrotado el que mandaba el general Kaulbars, aun no se tiene noticia del paradero de este general ni de gran número de jefes de su Estado Mayor.

Ahora se dice que la retirada de Linievitch no llegará hasta Kharbín, sino que se detendrá en Kirin con objeto de defender la provincia que es una de las más fértiles de China y donde con facilidad puede defenderse un ejército. Pero falta que esto pueda hacerse.

En Petersburgo

El gobierno de Rusia ha ordenado ya la movilización de nuevas reservas y dice que va á enviar tropas escogidas al teatro de la guerra. Lo de las tropas escogidas resulta una broma de mal género. No es la primera vez que van á Manchuria tropas puramente europeas. El cuerpo que mandaba el general Meyendorff pasaba por ser uno de los mejores de Rusia y, sin embargo, no ha hecho un papel más brillante que digamos ante el enemigo. Lo propio le ha pasado al que mandó Bilderling. Algunos corresponsales franceses han llegado á decir que los soldados europeos daban peor resultado que los siberianos, y, sea casualidad, sea que le favoreciera la índole del terreno, lo cierto es que el primer ejército, el que mandaba Linievitch, compuesto todo de siberianos, es el que más entero y con mayor orden se ha retirado.

Muchos periódicos de Londres dicen que la nueva movilización no es más que una artimaña para ganar tiempo y lograr que los japoneses no se muestren tan exigentes en sus condiciones de paz como lo harían si Rusia quedaba sin un gran núcleo de ejército dispuesto á marchar al Extremo Oriente. Dentro de poco sabremos si es verdad tal suposición y si se acaba la guerra ó si se prosigue hasta el último límite.

A. RIERA.



DICCIONARIO DE LA GUERRA

L

Liao-Tung.—Llámase así toda la inmensa cuenca que baña el Liao con sus aguas, y que desde hace ya unos meses está en poder de los japoneses.

Liao-ho—Río Liao; es la gran arteria manchuriana, que recoge todas las aguas de los montes que separan la Manchuria de Siberia, y desemboca en el golfo de Pechili junto á Inkeu. En el verano lleva gran caudal de agua y queda helado durante cuatro meses cuando menos en invierno.

Liao-Yang.—Ciudad de gran importancia estratégica, pues en ella se juntan y cruzan muchas carreteras, dos de ellas mandarinas. A fines de agosto fué tomada por los japoneses después de ocho días de lucha tremenda, que costó unas 30.000 bajas á los rusos, que perdieron en la retirada bastantes cañones á causa de la prisa con que evacuaron el campo atrincherado. Los japoneses tuvieron también muchas bajas; pero por primera vez demostraron que eran capaces de vencer en una batalla campal, y que la organización y disciplina de sus tropas eran muy superiores á las de sus adversarios.

Linievitch.—General ruso. Mandó las tropas de Vladivostok desde el principio de la guerra y cuando, después de recibir Kuropatkin grandes refuerzos, se dividió en tres el ejército ruso, Linievitch recibió el mando del primero.

Desde hace unos días, ha sido nombrado general en jefe, en substitución de Kuropatkin; aun cuando su nombramiento tiene apariencias de ser una simple interinidad. El general Linievitch tiene ya setenta años y, por lo tanto, debe carecer ya de energías suficientes para el alto cargo que se le ha conferido.

M

Makharoff.—Almirante de la flota del Pacífico desde que fué destituido el almirante Stark.

Cuando llegó Makharoff á Port-Arthur y tomó el mando de la escuadra, pareció que una nueva actividad y una nueva energía animaban á la guarnición entera. Ordenó el almirante que se reparara rápidamente los buques averiados, hizo varias salidas á bordo del *Bayán* y del *Novik*. Su intención era acostumar á sus marinos á maniobrar ante el enemigo y librar después una batalla decisiva á la flota de Togo.

La suerte contraria lo quiso de otro modo. El 14 de abril salió del puerto con cuatro acorazados y dos cruceros, y viendo la división japonesa de cruceros que se adelantaba á su encuentro, trabó combate con ella y luego, al advertir que se aproximaban los cinco acorazados de Togo, viró en redondo en demanda del puerto.

Antes de entrar en él chocó el *Petropavlovsk*, que era la capitana, con un torpedo flotante. Produjose una explosión tremenda y en menos de dos minutos el acorazado se fué á pique, muriendo Makharoff y toda la tripulación menos treinta y cinco hombres.

Ha sido Makharoff el único marino ruso que, durante su breve período de mando, ha dado pruebas de capacidad.

Mashampo.—Puerto de la Corea meridional; uno de los que sirvieron para el desembarco del primer ejército japonés.

Matsumura.—General de división japonés. Mandó el asalto de la «Colina de los 203 metros», y murió de un balazo en la batalla de Sandepú, cuando Grippenbergh fué derrotado por Oku.

Meyendorff.—Jefe del IV cuerpo de ejército ruso. Tomó parte en las últimas batallas, sin distinguirse en ninguna de ellas, y en la derrota de Mukden cayó de caballo y se fracturó una clavícula.

Mitchenko.—General de caballería. Mandó desde el principio de la guerra los cosacos que había en Corea; fué el que primero se batió contra los japoneses. Perdida la batalla de Kalien-tsé, se reunió al grueso del ejército.

Su única hazaña ha sido el *raid* ejecutado en enero contra Niu-chang. Quemó gran cantidad de provisiones de los japoneses y volvió á la línea del Sha-ho sano y salvo.

Montaña del Oro.—Colina fortificada del sector Este de la defensa de Port-Arthur. Sus baterías fueron atacadas dos veces por los cruceros japoneses durante el largo sitio de la plaza.

Motien-ling.—Desfiladero situado al Este de Liao-Yang. Abandonáronlo los rusos sin combate y luego quisieron recuperarlo sin acertar á conseguirlo. Kuroki les derrotó dos veces al intentarlo y en sus cercanías murió el general ruso conde de Keller, destrozado por una granada.

N

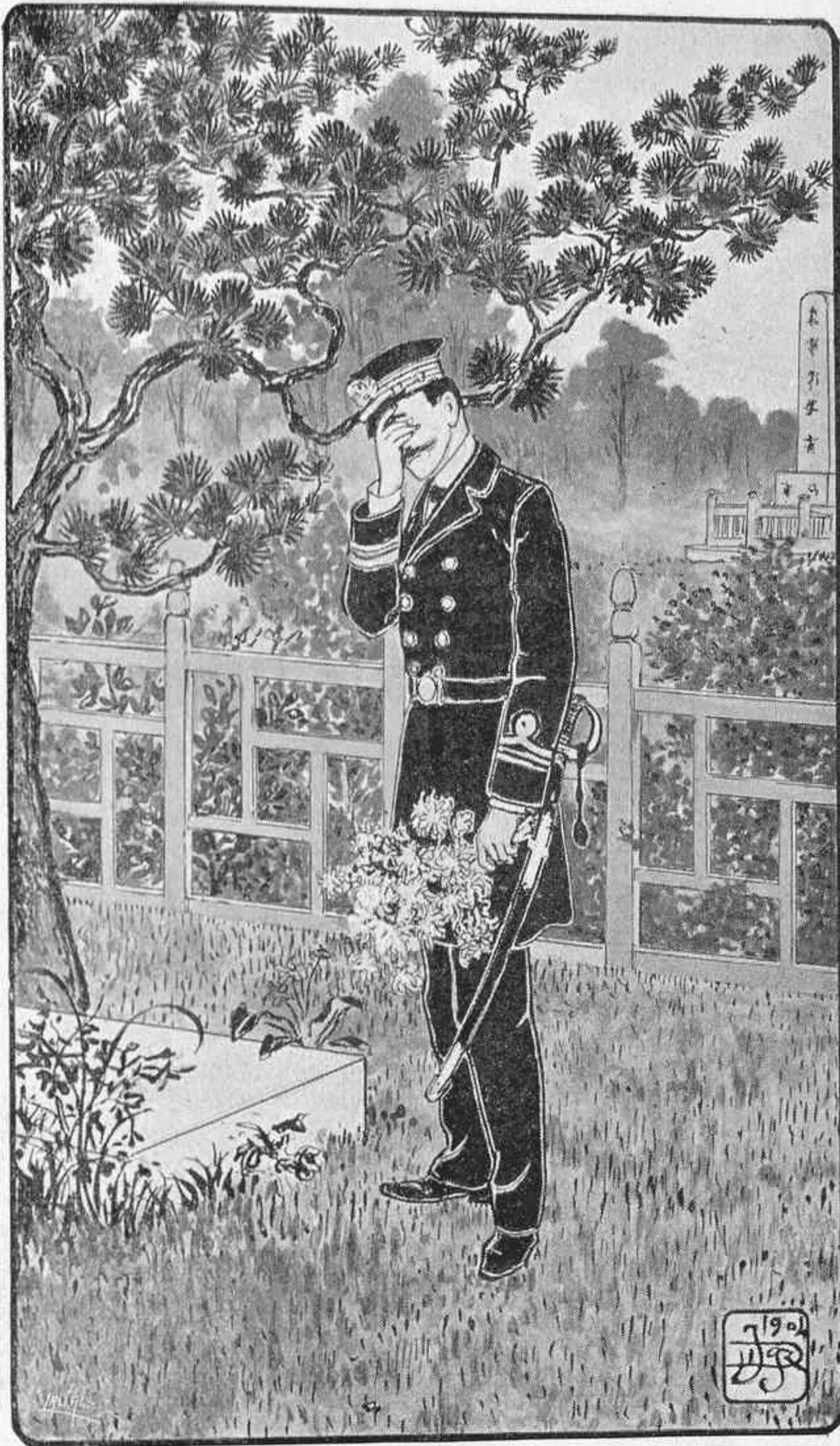
Nin-chang.—Ciudad importante de China. La evacuaron los rusos después de perder la batalla de Kai-ping. Su puerto es Inkeu.

Nogi.—Comandante del cuarto ejército japonés que emprendió á primeros de Agosto el sitio de Port-Arthur. Es uno de los mejores generales japoneses y todos recuerdan los prodigios de actividad, inteligencia y perseverancia que ejecutó durante el sitio de la formidable fortaleza que acabó por caer en sus manos.

En la batalla de Mukden ejecutó una maniobra atrevidísima, separándose del ejército de Oku, con el que perdió todo contacto, para realizar la formidable marcha envolvente que destrozó el ejército de Kaulbars y decidió del buen éxito de la batalla.

(Se continuará)

NAMI-KO



EL MARISCAL OYAMA

Héroe japonés y uno de los principales personajes de la novela *Nami-ko*

Se está reimprimiendo y en breve se pondrá á la venta, notablemente corregida, la segunda edición de esta obra maestra de la literatura japonesa, original de **KENJIRO TOKUTOMI**. Un tomo de 350 páginas con magníficas ilustraciones: **DOS PESETAS**.

Obras de Guy de Maupassant



He aquí los títulos de las obras del célebre novelista francés que están obteniendo un éxito imponderable y que deben apresurarse á adquirir los aficionados á buenas lecturas:

El Buen Mozo (2 tomos) **La Señorita Perla**
La Criada de la Granja **Berta** **Bajo el**
Sol de Africa **El Testamento** **La Loca**
El Abandonado **Mis Harriet**
Inútil Belleza **El Suicidio del Cura**

Una peseta.

Precio de cada tomo:

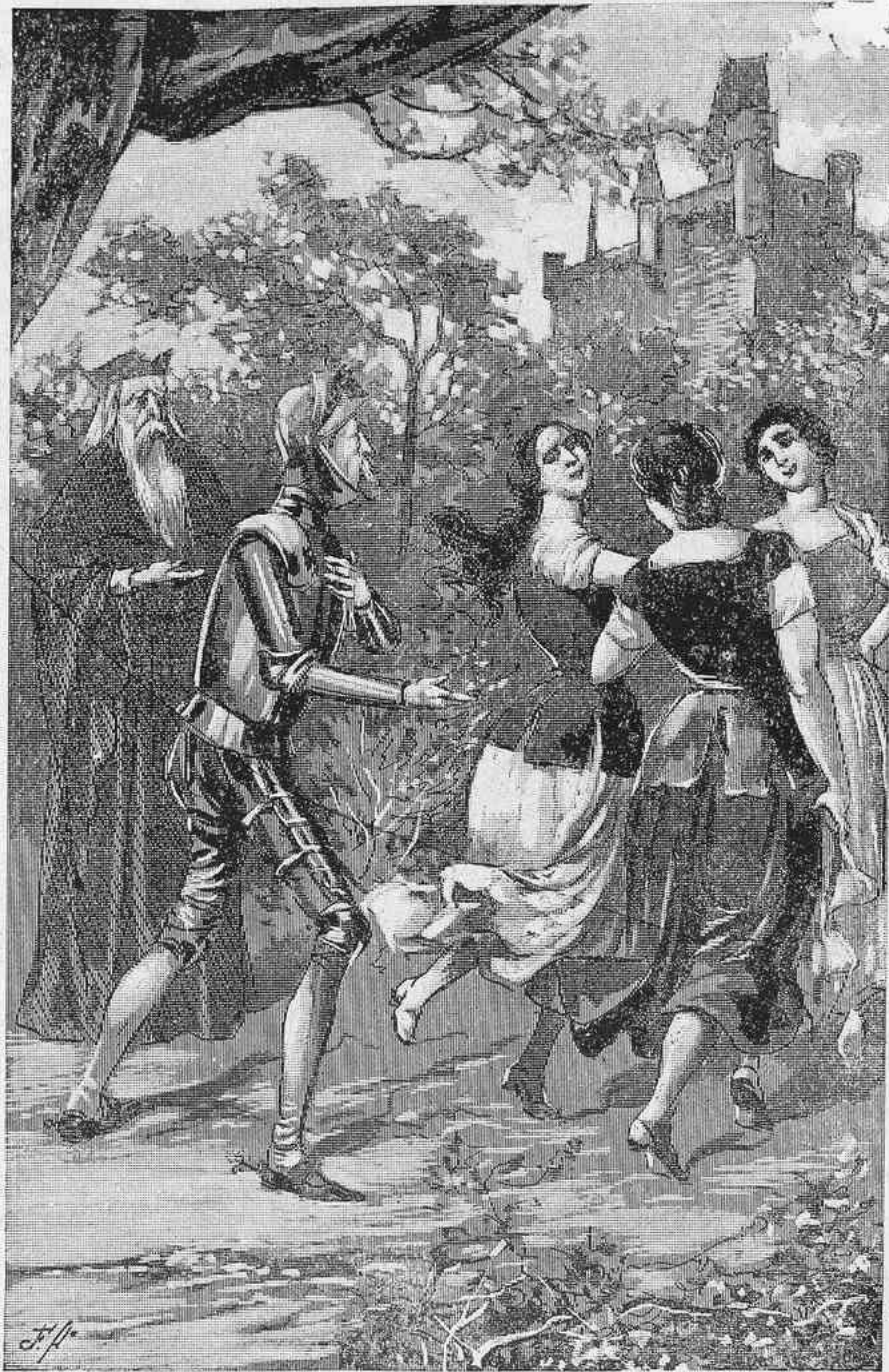
OBRA DE CONSTANTE ACTUALIDAD

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

La celebración solemne del centenario de la publicación de esta joya inapreciable de la literatura española, da nuevo motivo de actualidad á la misma. Entre las innumerables ediciones que de ella y en todos los idiomas se han hecho, descuella la de la Casa Maucci, merced á sus condiciones de pulcritud y baratura, por lo que toda persona amante de las glorias literarias de la patria debe apresurarse á adquirirla.

La inmortal obra está contenida en dos elegantes volúmenes de 450 páginas cada uno, admirablemente impresos y adornados con varias hermosas láminas representando los pasajes más salientes de producción tan gloriosa. Estas circunstancias y la de costar cada volumen una peseta solamente hacen de la edición Maucci la más á propósito para figurar en la biblioteca de todos los españoles y americanos.



ZÔMOTERAPIA

EL ZÔMOL PLASMA MUSCULAR
(Jugo de carne desecado)

PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la

TUBERCULOSIS, la **NEURASTENIA**,
la **CLOROSIS**, la **ANEMIA**,
la **CONVALECENCIA**, etc.

Tres cucharaditas de café de Zômol representan
EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.

PARIS, 8, rue Vioienne y en todas las Farmacias.

Cantaores andaluces

POR G. NUNEZ DE PRADO

Precio: Una peseta

